

ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA.

—
A D. J. M. F. (1).

Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo,
MORATIN.

Tis said that some have died for love.
WORDSWORTH.

I.

Belleza celestial y encantadora;
Inefable deidad, que el mundo adora,
Que dominas el Orbe y das consuelo,
Inspirando con pecho generoso
El sentimiento tierno y delicioso
Que prodigóte el cielo.

Hora te invoco: favorable inspira
El canto melancólico á mi lira,
De amor y de ternura,

1. Doctor D. José María Fonseca.

Y un nuevo lauro á mi triunfal corona
La Beldad ciña Númen de Helicon
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,
Y halagüño el semblante, que ya veo
A tus humeantes aras
Con rubor acercarse tierna y bella
A consagrarte tímida doncella
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones
En tu altar sacrosanto nunca dones
Mas puros ofrecieron,
Para volver á tu deidad propicia,
Y del tálamo dulce la delicia
Gozar que pretendieron.

II.

La aureola celestial de virjen pura,
El juvenil frescor y la hermosura,
Los encantos de Elvira realzaban,
Dando á su amable rostro un poderío,
Que encadenaba luego el albedrío,
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
 Y de su pecho solo se exhalaban
 Inocentes suspiros,
 Hijos del puro y celestial contento,
 Que de las dulces ansias vive exento
 Del amor y sus tiros.

Mas vió á Lisardo y palpitó su pecho
 De estraña ajitacion, y satisfecho
 Se gozó enardecido,
 Cuando de amor arder la viva llama,
 Que con dulce deleite nos inflama
 Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
 Que en torno de ella regalado jira,
 Nueva existencia siente;
 Así Lisardo al ver de su querida
 El amante cariño, nueva vida
 Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma,
 Del que adornado de triunfante palma
 Se avanza entre despojos,
 Y un mundo de risueñas ilusiones,
 De esperanzas felices y ambiciones,
 Se reveló á sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
Y facilmente con amor cautiva
 La beldad inocente,
Cual céfiro apacible con su arrullo
Halagando á la rosa en su capullo
 Melíflua y dulcemente;

Así el amor el sentimiento inspira,
Y así Lisardo el corazon de Elvira
 Poseyó satisfecho:
Amáronse, y creciendo su ternura
Apuraron delicias de ventura
 Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos
Largo tiempo felices, y sus fuegos
 Y su pasion crecieron;
Uno era su sentir; y cual hermanas,
Con inefable hechizo, soberanas
 Sus dos almas se unieron.

III.

Tu serás mia,
Tierno decia
Lisardo á Elvira;

Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se extinguirá.
Serás mi esposa,
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La llama pura
De mi ternura
No extinguirá.

IV.

Asi Lisardo de su dulce amiga
La esperanza halagüeña alimentaba,
Y con árdua fatiga
El campo de las ciencias exploraba,

Para volver al hado mas benigno,
Y arrancando un favor á la fortuna,
Que contraria le fué desde la cuna,
De su mano y amor hacerse digno.
En tanto una mirada de sus ojos,
De su boca risueña un dulce beso,
Hurtado á la inocencia entre sonrojos,
Alijeraban de su afan el peso,
Y llenaban su ardiente fantasia
Con la imágen feliz y encantadora
Del venturoso dia,
En que triunfando su pasion constante
Del ingrato destino,
Apurase en el tálamo divino
Las caricias y halagos de su amante.

V.

Era de primavera un bello dia,
Cuando el sol en la esfera
Mas rutilante y majestuoso impera;
Cuando el campo se viste de verdura,
Y risueña y brillante la natura
Ostentando sú fuerza y lozania,
Nos convida al placer y la alegria.

En el jardín ameno,
Que vió nacer sus plácidos amores,
Respirando el aroma de las flores,
Y á la sombra sentada
De una fresca enramada,
Elvira recorría en su memoria
La deliciosa historia
De sus amores, y la vez primera,
Día también de riente primavera,
En que á Lisardo vió, y estremecida
Se sintió palpitante
Su corazón amante;
Y en tan dulces recuerdos embebida
De gozo suspiraba,
Y su anjélico rostro se animaba,
Mostrándose mas bello
Con el fugaz destello
Del júbilo que en su alma rebosaba;
Mas vagó de repente
En su risueña mente
Como triste y fatal presentimiento:
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

VI.

«Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se estendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su tímida corriente
El tierno arbusto llevó. —

«Reflejando nieve y grana
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.

«Así dura todo bien;
Así los dulces amores
Como las lozanas flores
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaiven
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza y el amor.»

VII.

Cuando el triste infortunio nos amaga
Su imájen melancólica divaga
Cual sombrío fantasma ante los ojos,
Y como si temiera sus enojos,
A su pesar el corazon empieza
A presentir el mal en la tristeza.
Así pensó Lisardo, que escuchaba
Con asombro y encanto
De Elvira el triste canto;
Y acongojado y con inciertos pasos
A consolar su pena se acercaba;
Mas viólo Elvira, y se arrojó en sus brazos,
Hechizadas sus bocas se encontraron,
De júbilo sus pechos palpitaron,
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¿ Quién á mi Lira, ó á mis versos diera
La fragancia amorosa y hechicera,
Que en la mansion de amor se respiraba;
O á mi marchito corazon el fuego,
Que en dias mas felices lo animaba. . . . ?
Mas anjélica nunca y rozagante,
Mas amable, mas tierna, mas hermosa,
Mas llena de atractivo y amorosa

Se mostró Elvira á su feliz amante.
Angel, astro benigno, ó clara estrella
Nunca resplandeció mas pura y bella
A los ojos del triste caminante.
El jazmin albo y la purpurea rosa
Con su matiz brillante,
Disputaban el premio á los sonrojos
De realzar sus cándidas mejillas
Y languidez amable de sus ojos
El fuego moderaba,
Y su dulce atractivo revelaba;
Mientras que de su sien por las orillas
En madejas ondeantes
Sus cabellos airosos se estendian
Y cual oro entre perlas relucian.
Un fuego devorante
Corria de Lisardo entre las venas
Al apurar de Elvira las caricias,
Y nadando en delicias
Palpitar se sentian sus dos pechos.
Sus ardientes suspiros se mezclaban.
Y sus trémulos lábios se abrasaban
En mútuo fuego . . . ¡Celestial deleite,
Extasis del amor, dulces primicias
De la ternura fiel y encantadora,
Cuán gratos sois al corazon que adora!

Lisardo rebosando
De júbilo y ternura
Le dijo: «Amiga, compasivo el cielo
Al fin colma mis votos y mi anhelo;
La fortuna enemiga, que en su infancia
Con envidia miró nuestros amores,
Ha cedido por fin á mi constancia,
Aunque con mano avara, sus favores;
Y tu feliz amante
A par su mano en holocausto digno
Puede ofrecerte un corazon constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio,
Que al amor yo consagro, pues benigno
Su activo fuego al corazon dió brio.
Él me inflamó: su abrasadora llama,
Cuando miré tu perfeccion divina,
Y consagré á su culto mi albedrio,
A mi existencia dió una nueva vida,
Y me inspiró á la par del sentimiento
El tierno y jeneroso pensamiento
De idolatrarte esposa,
De ser feliz, y hacerte venturosa.
Unida á tu existencia está la mia
Por siempre, Elvira, desde aqueste dia.
Este anillo nupcial ligue propicio
Con lazo indisoluble nuestros seres,

Hasta el dia feliz en que Himeneo
Ante el ara sagrada
Conságre nuestra union entre placeres.
Corra el tiempo veloz anonadando
Cuanto encuentre en su rápida carrera;
Yo nada temo su terrible mando,
Pues cuanto adoro, y cuanto amé poséo.
Prodigue la fortuna sus favores
Al que anhele riquezas, ó victorias,
Que Lisardo feliz ya nada espera
De su vaiven, ni ambicionó mas glorias
Que ser querido, idolatrar á Elvira,
Consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos;
Huya de tu halagüeña fantasia
La imájen del pesar; su saña impía
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas
Nuestras dos almas vivirán por siempre.
Durará nuestro amor; ya la esperanza
Nos sonrie halagüeña,
Y la senda florida nos enseña,
Por do á su fin declinen nuestras vidas
En calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos,

Al júbilo, al placer y á la alegría,
Tuyo por siempre soy, y tu eres mia.
Mas ¿qué pesar recóndito y tirano
Acibara tu gozo, Elvira mia?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,
Esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves
A otra parte su encanto soberano,
Y no segundas los transportes míos?»
«Mi corazón, mi vida, mi albedrío,
Toda yo tuya soy, Lisardo amado;
Y aunque el destino airado
Separe acá en la tierra nuestra suerte,
Anonando nuestra gloria impío
Tuya seré triunfando de la muerte.
Mas no sé qué fatal presentimiento
Acibara hoy mi dicha, y mi contento,
Y en secreto me dice: «Tus amores
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura;
Del tálamo halagüeño
El éstasis de amor y de ternura
No gozarás en brazos de tu dueño;
Por que el amor y la esperanza es sueño,
Y cual la flor del campo solo dura.»
Yo no sé qué fantasma nos rodea
De infortunio y pesar, y nuestras glorias
Amaga devorar en un momento.

Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
Ante el ara de Dios, y el simulacro,
Va á unirme á ti con título de esposa,
Y vacila mi planta temerosa,
Cuando anhelante el corazon desea.
Impresa aun en mi mente veo y siento
La imâjen de fantasma tenebrosa,
Que anoche vino á mi tranquilo lecho
A conturbar y acongojar mi pecho.

VIII.

« Yo vi en mi sueño
Dos corazones
De amor ufanos
Y juventud,
Que se buscaban
Como atraídos
Por un hechizo
De gran virtud.

El Himeneo
Iba á enlazarlos
Con el anillo
Del puro amor,

Y ellos ardientes
Se encaminaban
A la ara augusta
Del sacro Dios:

Mas de repente
El negro brazo
De un esqueleto
Que apareció,
Su mano en medio
De los dos pechos
Puso, y con furia
Los separó.

Unirse ansiosos
Buscaban ellos,
Ardiendo en fuego
Del puro amor;
Pero la mano
Los separaba,
Interrumpiendo
Su dulce union.

Tocólos luego:
Los corazones
Se marchitaron
Como la flor,

Y en el semblante
Del negro espectro
Turbia sonrisa
Fugaz vagó.»

«Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvario;
Huya de tu halagüeña fantasía
La sombra del pesar, Elvira mía,
Pues tu destino al mío,
Colmando nuestros votos y deseo,
Va á unir por siempre plácido Himenéo.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo, al placer, y á la alegría,
A los transportes del amor supremos:
Tuyo por siempre soy, y tú eres mía.»

IX.

Lisardo solo en su campestre albergue
Los pasos meláncolico contaba
Del tiempo, siempre lentos
Para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo,
Y cubierto de nubes, anunciaba

La tempestad, y solo por momentos
La luna melancólica asomaba,
Como fúnebre antorcha sobre el mundo
Su amortiguada faz, mientras profundo
El eco de los vientos resonaba,
Penetrando con lúgubre silbido
De Lisardo en la estancia, que transido
De congoja y terror se estremecía.
Mil imágenes triste revolvía
En su ajitada mente,
Y en vez de rostro afable
De la esperanza riente
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,
Atónito y confuso solo via
El de fantasma tétrica y sombría,
Que su pecho constante
Del de su Elvira amante
Con furor separaba,
Y con ojos de envidia devoraba
Su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mústiamente
Parecióle que oía
Acento funeral que repetía:
«Como la flor del campo tierna y pura,
«Asi el amor y la esperanza dura.»
Y el eco de los vientos resonando,

Penetraba con fúnebre armonía
En su tranquila estancia, y poseído
Lisardo de terror se estremecía.

El fatídico bronce sonó la hora
Fatal de los espíritus malignos:
Lisardo á su balcon salió impelido
Al parecer por astros no benignos,
A contemplar la tempestad sonora,
Y buscar de sus ansias el olvido;
Cuando vision nocturna de repente
Hirió sus ojos, y absorvió su mente.

X.

Del espeso bosque y prado,
De la tierra, el aire, el cielo,
Al fulgor de fátuas lumbres
Con gran murmullo salieron
Sierpes, Grifos y Demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, Gnomos y Larvas,
Trasgos, lívidos espectros,
Animas en pena errantes,
Vanas sombras y Esqueletos,
Que en la tenebrosa noche

Dejan sus sepuleros yertos,
Hadas, Brujas, Nigromantes
Cabalgando en chivos negros,
Hienas, Sanguales y Lamias,
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y mónstruos,
Del profundo turbios sueños,
Precita raza que forma
De Lucifer el cortejo:
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron,
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisandro en la estancia, que miraba
Como pasmado la vision sombría.

Lucifer con cetro y tiara
Descollaba en medio de ellos,
Y los demonios cantaban
Salmos al Rey del averno;
Mientras fantasmas y mónstruos,
Formando un círculo inmenso,
Para el sabático baile
Se preparaban contentos.

La órgia fatal comenzaba . . .
Mas de repente se vieron
Centelleando en las tinieblas
Como serpientes de fuego,
Que por el aire trazaban
Este emblema del infierno:
« El amor y la esperanza
« No son sino un vano sueño.»
Un espectro entre sus manos
Dos corazones sangrientos
Oprimia palpitantes,
Llenos de amoroso fuego,
Y con diabólica risa,
Deleitándose en poseerlos,
Los unia y separaba,
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba
Resonando con hórrida armonia
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado la vision sombría.

Entre la turba infernal
Reinó el silencio un momento
Cuando de lumbres cercados
Dos fantasmas parecieron,
Una virgen bella y jóven

Sobre sus hombres trayendo
Con las galas adornada
Del venturoso Himenéo:
La aparicion repentina
Todos miraron atentos,
Mientras los torvos fantamas
Con huesosos largos dedos
La doncella despojaron
De sus nupciales arreos,
Y con la negra mortaja
Del sepulcro la vistieron:
Luego entre la turba inmensa
Todos tres se confundieron,
Continuaron los aullidos,
Y los infernales juegos. . .
Cantó el gallo en la alquería
Y con murmullo tremendo
La turba inferna de sombras
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos aplacado
Penetraba con fúnebre armonía
De Lisardo en la estancia, que pasmado
Vió disiparse la vision sombría.

XI.

En su trono de fuego el Mediodia
Reinaba rutilante y majestuoso,
Y Lisardo infeliz desde la aurora
Sumerjido yacia
En letargo profundo y silencioso.
Despertó al fin; la fiebre consumia
Su desolado pecho, y el delirio,
Mónstruo infernal que la razon devora,
De espantosas imájenes llenaba
Su ardiente fantasia. Ya la noche
Se encaminaba en su enlutado coche
Por el opaco empireo, y anunciaba
Encapotado el cielo
A la tierra infeliz nuevas escenas
De tempestad y duelo;
Cuando molesto y grave
Bajó el sopor á adormecer sus penas.

Pero á atormentarlo entonces
Vino la turba de enjendros,
Y tenebrosas visiones
Que aborta en la noche el sueño.

Contemplaba ora pasmado
Bajo del nocturno velo
La precita muchedumbre,
A la órjia inferna acudiendo;
Ora por el aire vago
Como serpientes de fuego,
Trazando emblemas fatales
De desolacion y duelo;
Ora entre sus secas manos
Un descarnado esqueleto
Oprimiendo palpitantes
Dos corazones sangrientos;
Ora dos negros fantasmas
Sobre sus hombros trayendo
Engalanado y vestido
De una doncella el espectro.
«Elvira, Elvira,» Lisardo
Ajitándose en su lecho
Esclamó entonces, y «Elvira»
Repitió lánguido un éco.
«Dadme á mi esposa y mi vida,
Horrorosos esqueletos,
Dadme á mi Elvira» y «Elvira»
Por los aires repitieron.
Calló Lisardo: una antorcha
Brilló con fulgor incierto

En la puerta de su estancia,
Y vió al pálido reflejo
¡ Oh terror ! oh encanto ! á Elvira
Acercarse á pasos lentos
De alba túnica vestida,
Suelto el dorado cabello.
« Elvira, Elvira, mi esposa, »
Esclamó entonces de nuevo
Transportado de alegría,
« ¿ Cómo es que á esta hora te veo ?
« Ven á mis brazos, querida,
« Ven á mi amoroso seno,
« Y disipa las angustias,
« Que por tí sufre mi pecho.
« ¿ Por qué tan lánguida te hallas,
« Hermosa flor del desierto ?
« ¿ Es que el rigor has sufrido
« De algun inflamado viento?
« ¿ Por qué tus ojos se fijan
« Sobre mí mústios y yertos,
« Del dulce encanto desnudos,
« Y del amoroso fuego
« Que hechizaba mis sentidos
« Y mis potencias á un tiempo ?
« Algun pesar inhumano,
« Algun cuidado secreto

« Envidioso de tu dicha
 « Roe tu inocente pecho,
 « Mi Elvira, y sobre tu rostro
 « Vierte su infausto veneno.
 « Ven á olvidar tus congojas,
 « Ven á mi amoroso seno,
 « Ven, idolatrada amiga,
 « Que ya plácido Himeneo
 « Ante el ara sacrosanta
 « Consagró nuestros afectos.
 « Pero ¡ oh placer, oh delicia!
 « Elvira mía, aun te veo
 « Con las galas adornada
 « Del venturoso Himeneo.
 « Deja esas joyas preciosas,
 « Deja ese rubor secreto
 « Que la inocencia te inspira;
 « Ven á mi amoroso seno,
 « Ven, Elvira, y venturosos
 « A los transportes supremos
 « Del tierno amor nuestras almas
 « Sin temor abandonemos.»

De Lisardo á los trasportes
 Cual si fuera mármol yerto
 Yacia Elvira, guardando
 Mudo y tétrico silencio.

« Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
Que corría en sus entrañas,
Ha devorado su pecho.
Una ley fatal temprano
Ha conjelado en mi cuerpo
La sangre que por tí ardía,
Pero no ha helado mi afecto;
Y esta misma ley me obliga
A sofocar en el seno
Mi pasión, y cuanto encierra
Por tí de amoroso y tierno.
Pero el vigor inhumano
Yo he burlado de su imperio,
Y cual sombra de la noche
A verte, Lisardo, vengo:
Mi alma á la tuya está unida
A pesar del hado adverso .
Con los inefables lazos
Del amor y el Himeneo.»

Calló Elvira: misterioso
Reinó el silencio de nuevo
Y suspiros amorosos
Interrumpidos se oyeron.

« Frio está, mi dulce amiga,
« Como la nieve tu cuerpo;

« Tendré el poder de animarlo
 « Con mis inflamados besos,
 « Aun que despojo insensible
 « Fuera del sepulcro yerto.

 « Corred torrentes,
 « De amor ardientes.
 « ¿Cómo me inflama
 « Todo la llama
 « De amor, no sientes?»

El voluptuoso delirio
 De amor lo transporta luego,
 Y las caricias y halagos
 Pábulo dan al incendio.

« Oh que delicia! ¡Oh que encanto!
 « Oh que deleite supremo,
 « Del objeto idolatrado
 « Sentir palpitar el pecho;
 « Beber amor de sus labios,
 « Bañarse en halagos tiernos!

 « Corred torrentes
 « De amor ardientes.
 « ¿Cómo me inflama
 « Todo la llama
 « De amor, no sientes?»

« Mas ¡oh terror! yo deliro. . . .
 « Trémula, Elvira, te siento,

« Insensible á mis halagos
« Cuando yo todo me enciendo.
« El casto rubor sin duda
« Vierte en tu sangre su hielo.
« Déjame ser venturoso: . . .»
« J6ven insano ¿que has hecho?
Ya para ti se acabaron
Amor, esperanza y sueños
De felicidad y dicha:
Has abrazado á un espectro!»
 Resonó fúnebre entonces
La hora fatal de los muertos,
Y de repente en la puerta
Del silencioso aposento
Clamó una voz imperiosa:
«Elvira, Elvira, ya es tiempo!»
 Despertó Lisardo al punto.
Y la vision de su sueño
Como fantástica sombra
Se disipara al momento.

XII.

El luminar del dia
Reclinaba su frente
Serenos y majestuosos en Occidente,

Y fugaz el crepúsculo esparcía
Melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veía
Cubierto con el cándido ropaje
De la inocencia, y en su sien ceñida
De azucenas y violas amorosas
Corona virjinal, aun no marchita:
Mas de repente en medio del concurso
Un jóven se arrojó: tendió su vista
Sobre aquel ataud, y repitiendo
Con grito de dolor «Elvira, Elvira,»
Exánime cayó en el duro suelo
Con pasmo de la triste comitiva.

Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante á la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto solo dura.
